

EL DESEO ES UN PEZ

Lic. Eleonora Schajnovich

Licenciada en Psicología – Docente universitaria

...muchas cosas que de ser reales no depararían goce pueden, empero, depararlo en el juego de la fantasía y muchas excitaciones que en sí mismas son en verdad penosas pueden convertirse en fuentes de placer para el auditorio y los espectadores del poeta... (S. Freud 1908)

El arte, el seriecísimo juego de crear, es para muchos de nosotros, quienes además abrevamos, y tratamos de introducirnos en las aguas del psicoanálisis (sin especificar si son turbias, claras, frías o arremolinadas, y menos, si metemos el pie o metemos, muchas veces la pata), un elemento posibilitador, de síntesis, de decir en refracción y reflexión con otros.

Hay imágenes pictóricas, escenas teatrales, textos poéticos, poemas, relatos, canciones y demás productos de la creación humana, que contienen, en esa expresión que nace de lo más íntimo, cuestiones que parecen resumir corpus teóricos enteros.

Muchas veces, como docentes, recomendamos, tal vez en demasía, películas, series, textos que dan cuenta de algo de lo que queremos transmitir. Eso se replica, y tal como en la creación poética, se completa con la mirada de aquellos estudiantes que nos escuchan y dialogan. Desde allí surge una nueva cualidad que no es sin ese “entre”, tan efímero y contundente de cada clase, que como cada función de cualquier obra teatral de las que abundan en Buenos Aires, existe dentro de una estructura que

contiene, un texto de un autor que se respeta, una dirección precisa, y un salto al vacío en el encuentro con el otro, el juego, el riesgo, propios de esa reunión única e irrepetible.

Freud, en el texto El creador literario y el fantaseo, señala que es lícito pensar que el dichoso no fantasea, que quien lo hace es el insatisfecho que con su fantasía de alguna manera cumple su deseo, un deseo que saca las fuerzas de lo imposible, construye castillos en el aire, se obstina en perseguir ese pez de piel resbalosa, destinado, en el mejor de los casos, a ser rozado y escaparse.

Nos preguntamos sobre el deseo, su cumplimiento y esta testarudez que no cesa de tratar de atraparlo, y por suerte no lo hace... ¿Por qué por suerte?, ¿Por qué en el mejor de los casos se nos escapa?...

No lo sé, pero tal vez éstos, al ser pescados se pudren pronto, porque lamentablemente no perviven en la atmósfera de lo consciente o en una pecera de vidrio, ni pueden originarse en un criadero. Son de aguas abiertas, misteriosas, de territorios donde la gracia reside en contemplar el agua, la tanza, la selección de una carnada y la espera silenciosa que algo pique, y en aquella emoción, en aquel momento, en aquella tensión cúlmene, para que siga vivo, se debe dolorosamente devolver al agua al pez atrapado, tal vez con la boca lastimada por los anzuelos.

Esta pequeña y torpe metáfora ensaya pescar algo en la tesitura de lo tratado, reflexiona, sin renunciar, porque nadie abandona esa ganancia de placer, al

juego. El deseo se relanza, para que pueda seguir circulando, como el pez en el agua.